

concede un tal favor, será á lo menos gloria mia el publicar en todas las ocasiones vuestra Religion, defenderla segun mis fuerzas, y justificarla con la santidad de mi vida, á fin de obtener la recompensa que habeis prometido á los que crean en Vos. Amen.

MEDITACION CXXXVI.

JESÚS PREDICE SU PASION Á SUS APÓSTOLES.

(Matth. xvi, 21-23; Marc. viii, 31-33; Luc. ix, 22).

Consideremos : 1.º las circunstancias de esta prediccion ; 2.º los términos con que la expresa ; 3.º la oposicion de san Pedro á su cumplimiento.

PUNTO I.

Circunstancias de esta prediccion.

1.º *¿En qué tiempo hace Jesucristo esta prediccion?...* «Desde entonces comenzó Jesús á manifestar á sus discípulos...» el misterio de la pasion... Lo hizo despues de haber confirmado á sus Apóstoles en la fe de su divinidad, y en el tiempo mismo que hacian profesion de creerla... Si mas presto les hubiera hecho esta declaracion, hubiera sido capaz de desanimarlos, y acaso de que se despidiesen y se apartasen de él. No separemos, pues, estos dos misterios, uno de gloria y otro de humillacion. Un Dios hecho hombre, un hombre Dios, ¡qué misterio! Pero este hombre Dios paciente y moribundo, ¡qué misterio mucho mayor todavía! ¡Oh cuánta sabiduría, cuánta grandeza, cuánto amor en estos dos misterios unidos entre sí! Mi Salvador es Dios, y mi Dios muere por mí. ¡Qué motivo de esperanza! con estos pensamientos, ¡de qué sentimientos no debe estar penetrado mi corazon!

2.º *¿Á qué fin Jesús hace esta prediccion?...* Á fin de que el misterio de su cruz, que sus discípulos deben tener bien presto bajo de sus ojos, no destruya en su espíritu el misterio de su divinidad, que no podian ver, sino que al contrario lo confirmase... Opónganme, si quieren, el judío, el filósofo, el impío la muerte ignominiosa de Jesucristo, yo siempre les responderé : Sí : ha muerto ignominiosamente; pero mucho tiempo antes que sucediese habia ya predicho el mismo Jesús el tiempo, el lugar, y la manera. La prediccion de esta muerte le quita todo el escándalo, y bien léjos de turbar mi fe, la confirma, mayormente estando unida con la prediccion de una pronta resurreccion, lo que no se verificó menos que la prediccion de la muerte.

3.º *¿Á quién hace Jesús esta prediccion?...* Á sus Apóstoles, á aquellos que le siguen y que le están mas unidos... ¡Felices aquellos con quienes Jesucristo trata de su pasion y de su muerte! Felices aquellos que gustan estos misterios, que los meditan, que llenan de ellos su espíritu y alimentan de ellos su corazon. ¡Oh qué dulzuras encuentran en ellos! ¡qué fuerzas, qué gracias, qué consolaciones reciben!

4.º *¿En qué lugar hace Jesús esta prediccion?...* En lugar separado, en la soledad, y léjos de la multitud de la gente. ¿Y quién nos impide retirarnos tambien nosotros aparte con Jesucristo y separarnos algunos momentos de la multitud, para meditar despacio y á nuestro gusto lo que su amor le ha hecho sufrir por nosotros?

5.º *¿En qué manera hace Jesucristo esta prediccion?...* «Y habla de esto abiertamente...» en términos claros y precisos. El Precursor habia anunciado esta muerte bajo la figura de cordero y de víctima ¹. Jesús mismo la habia muchas veces anunciado á todo el pueblo, y en presencia de sus enemigos; pero bajo la figura de Jonás, bajo la figura del templo, bajo la figura de serpiente de bronce puesta en alto por Moisés ². Aquí habla él á sus amigos y les habla sin parábola y sin figura; porque ya se acercaba el tiempo, y ellos deben estar instruidos. En toda esta conducta hace Jesús comparecer su divina sabiduría, y asegura siempre mas nuestra fe, fortificando la fe de sus Apóstoles.

PUNTO II.

Los términos de esta prediccion.

«Jesús empezó á manifestar á sus discípulos que convenia que él «fuera á Jerusalem... que el Hijo del hombre padezca mucho, y sea «reprobado por los ancianos, y por los príncipes de los sacerdotes, «y por los escribas, y sea muerto... y que resucite al tercero dia...» Pensemos cada una de estas palabras.

1.º *Era necesario...* Dios su Padre lo habia ordenado así. Orden suprema y bien rigurosa; pero orden de la soberana sabiduría que une los derechos de la justicia mas severa con los favores de la mas tierna misericordia. Dios es tan compasivo para con los hombres, que de buena gana les quiere dar su Hijo por Redentor; pero al mismo tiempo es tan celoso de los derechos de su justicia, que por la reparacion del pecado exige la muerte de este amado Hijo... ¡Ah! no for-

¹ Joan. i, 29, 36. — ² Joan. ii, 19; iii, 14.

memos ideas de la bondad de Dios segun la corrupcion de nuestras inclinaciones. Dios no tiene una bondad que impunemente pueda despreciarse ó ultrajarse. Un Dios muerto; hé aquí la víctima que pide su justicia. Un Dios muerto por los pecadores, y por el que Dios Padre acepta la penitencia, los sufrimientos y la muerte de los pecadores; hé aquí el exceso de sus misericordias. Mas para los pecadores que rehusasen aprovecharse de los misterios de Jesucristo, ó que pretendiesen prevalerse de ellos para ofenderle con mayor seguridad; ¡ah! para estos hay solo un infierno sin misericordia y una eternidad sin fin.

2.º *Era necesario que él fuese...* Sí: para obedecer á las órdenes de Dios su Padre, Jesús irá por sí mismo: irá puntualmente y sin resistencia al lugar que le está destinado, bien que sepa que allí debe morir... Con un tal ejemplo, ¿con qué pretextos querrémos nosotros justificar nuestras desobediencias?

3.º *Era necesario que él fuese á Jerusalem...* Jesús habia nacido en un establo de la pequeña ciudad de Belen: habia pasado su vida privada en Nazaret, ciudad aun mas oscura: habia hecho la mayor parte de sus milagros en los países remotos de Galilea; mas para su muerte la capital debe serle el teatro, para que por una parte nada falle á la gloria de su triunfo, y por otra la certidumbre de los hechos, esto es, de su muerte y resurreccion, se halle en un tal punto de evidencia, que la mas remota posteridad no pueda jamás disputarle la verdad.

4.º *Era necesario que él... el Hijo del hombre...* Jesucristo padece en cualidad de Hijo del hombre, y en cualidad de Hijo de Dios nos salva por medio de su pasion. Sufrir en su humanidad, y sus sufrimientos son elevados á un precio infinito por medio de su divinidad. En virtud de estas dos naturalezas en una sola persona divina, Jesucristo es nuestro segundo Adán, reparador de la desobediencia del primero: es la cabeza y el primogénito de los hombres, y forma una nueva generacion de hombres rescatados y regenerados por virtud de su sangre... Despojémonos, pues, todos del hombre viejo¹... renunciemos á las inclinaciones del primer Adán formado de tierra, para revestirnos del hombre nuevo, y unámonos al segundo Adán que bajó del cielo.

5.º *Era necesario... padecer mucho...* ¡Oh Jesús, cuántas cosas incluí en esta palabra! ¿Vos debéis sufrir mucho? Lo entiendo; ¿quereis excusar por ahora á vuestros Apóstoles la narracion dis-

¹ I Cor. xv, 47.

tinta? ¿Y cómo la habrian podido oír sin horror? Yo mismo no puedo pensar en ella sin estremecerme. ¡Ay de mí! Señor, ¿no basta que padeciéseis poco? ¿este poco no habria sido sobrado y de infinito precio? ¡Ah! el amor no sabe contentarse con poco. Vos quisísteis con vuestro padecer dar pruebas de vuestro amor á Dios vuestro Padre, de quien reparásteis la gloria, y á los hombres de quienes reparásteis la pérdida, y á vista de esto nada ha parecido poco á vuestro amor, y nada ha podido bastar para apagarlo... ¡Ah! si despues de tanto padecer de parte de nuestro Salvador no concebimos una vez la gravedad del pecado y el rigor de la justicia divina, la necesidad de sufrir y de hacer penitencia; si no nos consolamos en nuestras aflicciones, si no somos confortados en nuestros temores, si no nos desprendemos de los placeres, enemigos de la carne, si no somos constantes en las tentaciones, si no nos movemos, nos enterrecemos y quedamos penetrados del amor mas ardiente; esto procede de que jamás hemos meditado como se debe cuánto Jesús ha padecido por nuestro amor. Sufrir mucho: hé aquí el júbilo del cristiano. Si nos lamentamos, comparemos este mucho con lo de nuestro Maestro, y entonces lo que nosotros llamamos mucho nos parecerá bien poco.

6.º *Era necesario... ser reprobado...* declarado que no era él el Cristo, y condenado por haber dicho que lo era... ¡Ah! despues de un tal ejemplo, repruébeme en hora buena el mundo, desécheme, y tráteme como le agradare, que con tal que yo sea siempre de Jesucristo poco me importa.

7.º *Era necesario... ser reprobado por los ancianos...* que eran los senadores ó consejeros del grande Consejo en que se juzgaban los negocios de la religion, y que eran por la mayor parte de la secta de los fariseos... *por los principes de los sacerdotes*, que eran tambien miembros del gran Consejo... *y por los escribas...* que eran los doctores y los intérpretes de la ley, para que cuanto habia en la nacion de mas grande, de mas elevado por el carácter y por la dignidad, y de mas estimado por la doctrina, concurriese á este solemne y decisivo juicio. Pero ¿cómo despues de esto ha podido Jesús ser reconocido por el Cristo, no solo de muchos judíos, sino tambien del mundo entero?

8.º *Era necesario... ser muerto...* La muerte es el último esfuerzo de la potencia humana en quien hace morir y el fin de toda sujecion á la potencia humana en quien se hace morir. ¿Con qué los enemigos de Jesucristo triunfaron, y nada podrá ya Jesucristo cuan-

do será muerto? Sí, sin duda, si su potencia fuese solamente humana; pero si él es Dios, él y sus siervos triunfarán despues de la muerte, y los que los habrán muerto serán confundidos.

9.º *Era necesario... resucitar tres dias despues...* Hé aquí una prediccion que jamás ha hecho ninguno ni se ha atrevido á hacer. Tocaba solo á un Dios anunciar un suceso semejante. El término no era largo, y si hubiese habido algun engaño, el error no debia durar mucho tiempo... Hé aquí lo que repara abundantemente, ó por mejor decir, lo que previene eficazmente el escándalo de la cruz... Jesucristo sufre y muere: yo no me escandalizo mas, él debe resucitar. Sus discipulos sufren, y mueren por él con júbilo; lo creo sin dificultad, deben resucitar con él... Ó mundo, no pasa de aquí tu poder, está estrechado á los breves límites de esta vida: la muerte es su último término fatal, fuera del que tú mismo confiesas que no puedes cosa alguna. Sabe, pues, que el poder de mi divino Salvador se extiende mucho mas allá de la muerte. Yo, pues, viviré por él, sufriré y moriré como él, para resucitar y reinar eternamente con él.

Hé aquí los tres grandes misterios de Jesucristo: su divinidad, su muerte y su resurreccion. Hé aquí al mismo tiempo, por participacion, los tres misterios del cristiano: su bautismo, que lo hace Hijo de Dios; su muerte al mundo, que lo hace un objeto de desprecio; su resurreccion, que hace su esperanza, y hará su eterna felicidad.

PUNTO III.

Oposicion de san Pedro á esta prediccion.

San Pedro lleno de amor por Jesucristo, pero poco instruido de sus caminos, sobrecogido de las primeras palabras de su Maestro, y poco atento á las últimas, no pudo contener su celo... No solo quedó sorprendido, sino tambien alterado é indignado, y cogiendo á Jesús aparte, le hizo en el primer momento de su dolor una especie de reprension... «Y Pedro tomándolo aparte comenzó á increparle, diciendo... Léjos esto de tí, Señor; no te sucederá esto... Mas él volviéndose, y mirando á sus discipulos, amenazó á Pedro diciendo: Vete léjos de mí, Satanás, tú me sirves de escándalo, porque no entiendes las cosas de Dios, sino las de los hombres...» Examinemos aquí dos cosas:

La 1.ª *Si no imitamos tambien nosotros á san Pedro, y si no merecemos la reprension que Jesucristo le hizo...* De hecho: 1.º ¿Qué

gusto tenemos nosotros de las cosas de Dios para la mortificacion, para la penitencia, para la humillacion, para la oracion, para la comunion; en una palabra, para todos los ejercicios de la Religion? ¿Qué gusto, por el contrario, no tenemos para todo aquello de que van en busca los hombres, para las honras, para los placeres, para las riquezas, para las distinciones, para los divertimientos, para la dissipacion?

2.º ¿No somos, por ventura, para alguno de nuestros hermanos un motivo de escándalo? ¿No lo apartamos nosotros, acaso, por medio de un falso amor, ó de un gusto terreno de las cosas de Dios, esto es, de consagrarse á Dios, de ejercitar las obras de piedad, ó de vivir una vida santa y regular? 3.º ¿No hacemos, por ventura, en el mundo el oficio de Satanás? ¿No ahuyentamos á nuestros prójimos de la práctica del bien con nuestras befas, con nuestras sátiras, con nuestras injurias, con nuestros desprecios? ¿No los animamos á hacer el mal con nuestras sollicitaciones, con nuestras promesas y con nuestros ejemplos?

La 2.ª *Si imitamos nosotros á Jesucristo sirviéndonos de su respuesta...* «Vete léjos de mí, Satanás... tú me sirves de escándalo...» 1.º Respecto de aquellos que por una falsa ternura querrian oponerse á nuestra verdadera felicidad impidiendo el que nos consagremos al servicio de Dios en el estado á que nos llama. 2.º Respecto de aquellos que por falta de afecto á las cosas de Dios querrian alejarnos de los ejercicios de la penitencia y de la devocion. 3.º Respecto de aquellos que nos muestran un amor profano y nos ponen en peligro de caer en las asechanzas del demonio. Á todas estas personas respóndamos con Jesucristo en tono de amenaza y de indignacion... Andad léjos de mí... vosotros me forzais á trataros de enemigos; desde que me impedis ser de Dios ya no soy vuestro.

Peticion y coloquio.

Sí, ó Señor, tal será mi firmeza para vencer todos los obstáculos que la estima, la compasion y la falsa amistad de los hombres podrán ofrecerme en el cumplimiento de mis obligaciones y en los sacrificios que pide vuestra ley. Ya no escucharé mas los falsos y vanos pretextos, las frívolas interpretaciones ni los avisos funestos para dispensarme. Me separaré tambien, cuando sea necesario, de aquellos que me son mas amados. Y este sacrificio, ó Dios mio, ¿no lo debo yo acaso al que Vos debeis hacer de vuestra vida, y de que aquí removeis los impedimentos, hasta tratar con una extrema

severidad á un Apóstol amado que quiere disuadirlo? Ó Jesús, levántadme como á Pedro mucho mas allá de la carne y de la sangre, para que no tenga otro gusto que de las cosas de Dios, y desprecie constantemente todas las cosas de la tierra... Amen.

MEDITACION CXXXVII.

INSTRUCCION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

(Matth. xvi, 24-26; Marc. viii, 34-37; Luc. ix, 23-25).

SOBRE LA SALVACION.

Jesucristo nos demuestra aquí: 1.º la dificultad... 2.º la necesidad... 3.º la importancia de la salvacion.

PUNTO I.

Dificultad de la salvacion.

«Entonces Jesús... llamadas á sí las turbas, con sus discípulos, les «dijo: Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, «y tome su cruz... cada día, y sígame...» Cuatro cosas pide de nosotros para obrar la salvacion.

1.º *La voluntad...* Voluntad libre, que no pueden dar los hombres ni forzarla. La gracia misma, que sola puede dar la voluntad de obrar la propia salvacion, no necesita á alguno, y deja siempre al hombre su libertad, de que frecuentemente abusa para su daño. Esperar una gracia que lo haga todo en nosotros, sin nosotros, es confundir la redencion con la creacion, la vida eterna con la vida natural. Sin esperar, pues, otra cosa, determinémonos hoy, y digamos sinceramente: Sí, quiero salvarme... *Voluntad fervorosa...* Observemos lo que hacen los hombres cuando quieren una cosa: el negociante que quiere enriquecerse; el hombre de letras que quiere ser sábio; el guerrero que quiere adquirir gloria; el cortesano que quiere adelantarse; todo hombre que quiere llegar á cualquier término. La voluntad de que están animados les hace emprender todo aquello que los conduce á su fin, y evitar todo aquello que les aleja de él... Nada encuentran imposible, nada desesperado, nada difícil para llegar al término que se han prefijado... *Voluntad continua:* ella jamás los abandona, los acompaña en todo lugar, y en todas las cosas los dirige: en cualquier cosa que estén ocupados no pierden jamás de vista el término á que aspiran: siempre caminan á él, y sin cesar se acercan lo mas que pueden. Tal debe ser en nosotros la voluntad de salvarnos.

2.º *Abnegacion de sí mismo...* El amor desordenado de nosotros mismos, en perjuicio del que debemos á Dios, es el origen de todos los pecados, y la abnegacion de nosotros mismos, para buscarnos solo en Dios y para Dios, es su remedio. Esta abnegacion tiene diferentes grados: el primero excluye todo pecado mortal, y nos pone en la disposicion de antes morir que desobedecer á Dios y perder su gracia. El segundo excluye todo pecado venial conocido y deliberado. El tercero se ejercita sobre las imperfecciones y sobre los ataques del amor propio, que penetra por todas partes, aun en el ejercicio mismo de la virtud. Quanto mas se adelanta un cristiano en este último grado, tanto mas goza de paz, de libertad interior y de consolaciones del Espíritu Santo. Si estamos aun sujetos á cualquier pecado ó á cualquiera pasion; si alguna cosa nos impide adelantarnos en la virtud y en los caminos de la vida interior, esto procede de no haber aun entendido y practicado nosotros esta palabra de Jesucristo... «*Niégrese á sí mismo.*»

3.º *Llevar la cruz...* Hay cruces de muchas suertes. Las unas son extraordinarias, y solamente propias de los tiempos de las persecuciones, y consisten en suplicios y en la muerte; tal es la que ha llevado Jesucristo, y la que despues han llevado tantos Mártires. Nosotros debemos, como ellos, estar dispuestos á morir por la fe, y establecernos tanto mas en esta santa disposicion, quanto puede ella tener lugar en tiempos en que menos lo pensamos. Las otras cruces son ordinarias y de todos los tiempos; y entre estas hay algunas que son necesarias ó involuntarias: tales son por parte de la naturaleza las incomodidades de la vida, las enfermedades del cuerpo, la debilidad de la edad, el rigor de las estaciones: de parte de la fortuna, las pérdidas, las desgracias, los contratiempos, los desórdenes de los negocios, la necesidad, y la pobreza: de parte de los hombres, su odio, su desprecio, sus discursos, sus persecuciones, sus defectos y sus humores: de parte de nosotros mismos, nuestro genio, nuestras pasiones, nuestras faltas y nuestras recaídas. ¡Cuántas cruces se nos presentan por todas partes que nosotros no podemos evitar, y que nos vemos en necesidad de llevar! ¡Ah, cuántos méritos! ¡cuántos medios de satisfaccion, si las llevamos como es necesario y segun el espíritu del Cristianismo! Y ¿de qué nos sirve llevarlas de paganos, de gentiles, con disgusto, con despecho, con mil quejas? Ellas se nos hacen siempre mas pesadas por llevarlas de este modo: están sin uncion de parte de Dios, y de la nuestra sin mérito, y sin esperanza de recompensa... Finalmente, hay

cruces voluntarias y de eleccion; tales son las mortificaciones y las penitencias que cada uno se señala á sí mismo, y un orden de vida y de santas ocupaciones á que se sujeta: tales son las penas anejas á un estado que se escogió, y en que un cristiano ha entrado para santificarse, el cumplimiento exacto de las obligaciones de este estado, la dependencia continua de la voluntad, la privacion de los bienes, de las comodidades, y aun de las cosas necesarias que conviene experimentar, y algunas veces el tédio y el disgusto que puede ocasionarnos de tiempo en tiempo una larga continuacion de ejercicios y de ocupaciones reguladas: tales son las cruces de que tanto menos debemos lamentarnos, y llevar con tanto mayor consuelo, cuanto son de nuestra eleccion, y las hemos abrazado nosotros. ¡Ah! no nos arrepintamos de haberlas escogido; perseveremos en ellas con valor y constancia, y morirémos en ellas con consuelo.

4.º *Seguir á Jesucristo...* Rénunciar á nosotros mismos, hacernos violencia, sufrir, llevar nuestra cruz; esto no basta si no lo hacemos por Jesucristo, caminando detrás de él, y uniéndonos á él. Pero en el sufrir por nuestro divino Salvador, pensemos que él nos precede, que ha sufrido por nosotros mas de lo que nosotros podemos sufrir por él, y que si lo seguimos en su vida y en su muerte, lo seguiremos tambien en su resurreccion, en su ascension y en su reino, mientras los otros serán excluidos, y caerán en el infierno. Escogamos ahora, y veamos lo que queremos: «Si alguno quiere:» el camino está ya abierto y trillado, y el término es bien sabido.

PUNTO II.

Necesidad de la salvacion.

«Porque el que quisiere salvar su alma, la perderá; y el que perderá su alma por mí y por el Evangelio, la salvará...» En la economía de nuestra salud, cuatro cosas son de una necesidad absoluta é independiente de nosotros.

1.º *Necesidad de nuestro ser...* Nosotros no hemos sido criados por nosotros mismos, nosotros no nos hemos dado la vida á nosotros mismos: es Dios el que nos ha dado el ser y la vida á todos los hombres, y á mí en particular: él es el que ha regulado el tiempo, el lugar, la duracion y todas las circunstancias. No ha dependido de mí el quedarme en la nada ó salir de ella, y no depende de mí quedar entre los existentes, ó volver á entrar en la nada. Él ha querido que yo fuese un alma espiritual é inmortal: esto es, y esto será. Si

yo desease que esto fuese de otra manera, si me lamentase de que esto sea así, serian estos deseos y quejas inútiles, y solo servirian de hacerme culpable, y de añadir á la ingratitud la impiedad.

2.º *Necesidad de nuestro destino...* Dios, que me ha criado sin consultarme, tambien sin consultarme me ha dado un fin. Este fin es una vida eterna y bienaventurada, si en este mundo obedezco á sus leyes; y si no obedezco, será una muerte eterna y desgraciada en el infierno. El cielo ó el infierno, una eternidad bienaventurada ó miserable; hé aquí á lo que estoy destinado. Puedo elegir entre estas dos alternativas; pero no puedo renunciar á las dos: es necesario que yo me salve ó me condene. En este negocio no hay camino medio: de aquí á poco ó seré salvo ó estaré condenado: en mi muerte será irrevocablemente decidida mi suerte; y lo es ya para todos aquellos que han muerto. Puedo en otros asuntos no tomar partido, quedarme neutral ó indiferente; pero aquí la alternativa está ya fijada por aquella soberana potencia á quien ninguna cosa resiste... ¡Oh hombres! ¿en qué pensais vosotros? ¿en qué he pensado yo hasta ahora?

3.º *Necesidad del destino de todas las criaturas...* Dios las ha hecho todas para ayudarnos á llegar á nuestro fin. Algunas parece que nos alejan de él; pero es para probar nuestra virtud, y darnos ocasion de mostrar nuestra fidelidad. Si por algun caso nosotros abusamos de las criaturas, todas se armarán un dia contra nosotros, y cooperarán á nuestro suplicio: si nos servimos de ellas segun el orden del Criador, sufriendo de las unas con paciencia, sirviéndonos de las otras con moderacion, y absteniéndonos con valor de aquellas cuyo uso nos está prohibido, todas darán un dia testimonio á favor nuestro, y contribuirán á nuestra eterna felicidad.

4.º *Necesidad de los medios que nos conducen á nuestro destino...* El que ha establecido el término á nuestro destino, ha regulado el camino para él con una independencia que le es esencial, y sin consultarnos... Cualquiera que en este mundo querrá salvar su alma, esto es, conservar su vida y las utilidades de ella con menoscabo de su fe; cualquiera que querrá satisfacer su alma, esto es, seguir sus inclinaciones, sus gustos y sus pasiones; cualquiera que querrá gozar las dulzuras y los placeres de esta vida con menoscabo de la ley de Dios y del Evangelio; cualquiera que pondrá en gozar de esta vida su felicidad y su bien, obrará solo por esta vida, pensará, temerá, esperará solo por esta vida, por los bienes y placeres de esta vida; este perderá su alma para la eternidad, será reprobado de Dios, y condenado á las

llamas eternas. Al contrario: aquel que perderá su alma por Jesu-
cristo y por su Evangelio, esto es, que morirá antes que perder su fe,
que se expondrá á todo, renunciará á todo, se privará de todo antes
que quebrantar un solo precepto del Evangelio, este encontrará su
alma, esto es, la salvará, será admitido á la posesion del cielo, para
gozar en él una vida eterna. Este es el órden inmutable sobre que
debemos regularnos y que no podemos mudar. No podemos ser fe-
lices en este mundo y en el otro. Á nosotros toca elegir, y Dios eje-
cutará su palabra. Todos los pretextos que alega el mundo son frí-
volos: pueden cegar á los hombres, pero no pueden mudar el ór-
den de los decretos de la Sabiduria eterna.

PUNTO III.

Importancia de la salvacion.

«Porque ¿qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y
perdiere su alma? Ó ¿qué dará el hombre en cambio de su alma?...»

1.º *El negocio de la salvacion es el único importante á cada uno;*
porque es el solo en que se trata de su alma y de su ser. Si pierde
este negocio, no es su bien el que se ha perdido; su cargo, su em-
pleo, su crédito, su gloria, su reputacion, su sanidad, su vida, na-
da de todo esto; es él mismo el que se pierde. Los negocios de esta
vida no son el negocio del hombre, y en que se trate de sí mismo,
de su sustancia, de su alma. Á lo mas en estos negocios se trata de
algun bien que pertenece al hombre, que está cerca del hombre, y
que puede serle de algun provecho transitorio; pero aquello que se
llama el hombre mismo nada tiene que hacer, y todos estos nego-
cios nada le interesan; y con todo, estas cosas son las que se llaman
los grandes negocios, y en ellas se ocupa únicamente el hombre:
con tal que salga bien en esta suerte de negocios, se da por conten-
to; no le da pena ni cuidado alguno si viene á perderse á sí mismo.
¡Oh qué locura!

2.º *El negocio de la salvacion es el único importante;* porque este es
el sólo cuya pérdida ó ganancia depende de cada uno en particular.
Hay algunos negocios en que para salir bien es necesario el concurso
de muchos; pero aquí solo tengo necesidad de mí. En los otros nego-
cios otros pueden suplir por mí; por la fuerza, por la ciencia, por los
talentos que me faltan; pueden ahorrarme todo el trabajo, y puede
salirme bien un negocio sin que yo intervenga; pero en el nego-
cio de la salvacion, así como se trata de mí mismo, debo yo mismo
obrar y trabajar... Debo, pues, primero instruirme en la ciencia de

la salvacion; en los medios que es necesario emplear, en los peli-
gros que se han de huir, y en los obstáculos que es necesario ven-
cer para salir bien. Despues debo yo mismo obrar: yo mismo soy el
que debo hacer penitencia, practicar la virtud, ejercitar las buenas
obras, huir las ocasiones del mal, y vencer las tentaciones. Bien
puede, sí, puede otro orar por mí, exhortarme, dirigirme, ayudar-
me; pero no puede suplir por mí. Yo soy el que debo ser peniten-
te, humilde, dulce, casto, justo, santo, puro é inocente. Si no sali-
mos siempre bien en los otros negocios, muchas veces somos excu-
sables, porque hemos encontrado obstáculos insuperables; pero en
este nada de eso hay. Muchas veces son los otros solos los culpa-
dos; pero aquí somos solamente nosotros. Bien pueden los otros ha-
bernos excitado, solicitado y movido á obrar mal; este es negocio
de su salvacion y no de la nuestra; pero el haber nosotros seguido
sus ejemplos, escuchado sus solicitudes, cedido á sus promesas ó
á sus amenazas, esto es el negocio de nuestra salvacion, y no de
la suya.

3.º *El negocio de la salvacion es el único que importa;* porque este
es el solo que si se gana ó se pierde, destruye la pérdida ó la ga-
nancia de todos los otros. Si yo me salvo, todo se ha salvado, y to-
do se ha ganado para mí... ¿Qué me importa entonces el haber si-
do pobre, miserable, arruinado, despreciado, desechado, infamado,
calumniado, enfermo, maltratado ó atormentado? Todo esto es na-
da; hé aquí que yo soy salvo. Si todo esto ha contribuido á salvar-
me, todo esto ha sido un verdadero bien para mí. La salvacion ga-
nada lo restablece todo, lo repara todo, lo recompensa todo; anula
todos los males, y encierra en sí todos los bienes... Si me he con-
denado, siendo yo mismo el perdido, todo se ha perdido para mí.
¡Ay de mí! ¿qué sirve á un miserable réprobo que arde en las lla-
mas del infierno haber poseido muchos bienes, haber nadado en
las delicias, haber satisfecho todas sus pasiones, haber sido alaba-
do, aplaudido, admirado, estimado, buscado y ensalzado? Aunque
hubiese poseido el mundo entero, ¿qué le sirve todo esto? La sal-
vacion perdida trae consigo la pérdida de todas las cosas, y todo lo
anula. ¡Qué locura haberse condenado por tan poco! Pero ¡qué lo-
cura condenarse, no por el mundo entero, sino por un vil interés;
por un placer de un momento condenarse, perdiendo á las veces,
aun en este mundo, reputacion, bienes y salud!... ¡Ah! ¡somos cier-
tamente insensatos! ¿No tendríamos, pues, jamás delante de los ojos
otra cosa que esta miserable y brevísima vida?

4.º *El negocio de la salvacion es el único de importancia*; porque es el solo cuya pérdida no se puede reparar, ni se puede destruir el éxito... La salvacion perdida, todo está perdido, y para siempre. La salvacion ganada, todo se ha ganado, y para siempre. En los negocios de este mundo podemos reparar nuestras pérdidas, podemos ganar por una parte lo que por otra hemos perdido; así como perdemos frecuentemente en una ocasion lo que hemos ganado en otra... No es lo mismo en el negocio de la salvacion; decidido una vez, queda decidido para siempre, sin remedio, sin recompensa para el que lo ha perdido, así como lo es sin temor y sin peligro para el que lo ha ganado... «¿Qué dará el hombre en cambio de su alma?...» Lo que hemos perdido podemos recuperarlo, podemos rescatarlo, podemos volverlo á tener por cambio; pero cuando se ha perdido el alma, ¿qué se ha de dar en cambio para recuperarla? ¿qué cosa equivalente podemos dar por ella? ¿qué cosa hay en el mundo cuyo precio pueda compararse con el de un alma? Pero ¿qué se ha de dar cuando ya no nos queda nada? ¿qué es lo que le queda á quien ha perdido el alma? ¿No lo ha perdido todo perdiéndose á sí mismo? ¿Y á quién se ha de dar? El que retiene el alma en el infierno nada pide, de nada necesita... La pérdida del género humano por el pecado de Adán no ha sido irreparable: si el hombre perdido por el pecado nada tenia para rescatarse, Dios le dió un Redentor, un Reparador, cuyos méritos excedieron á todas nuestras iniquidades. El cambio ya se hizo. ¡Cambio dichoso! Dios ha castigado á su Hijo inocente para reparar y pagar por el hombre. La muerte temporal de este amado Hijo libró al hombre pecador de la muerte eterna. Contrato ventajoso, que es una invencion admirable de la divina Sabiduría, y en que la justicia ganó, y triunfó su misericordia: contrato en que el Redentor mereció una gloria eterna, las complacencias de Dios su Padre, el amor de los Ángeles y de los hombres, y la adoracion de todas las criaturas: tratado en que los hombres han hallado su salvacion, el precio y el rescate de su alma, y el remedio á todos sus males... Luego, por grande pecador que yo sea, por grandes que sean mis pecados, no desesperaré: tengo con que reparar mis pérdidas en la sangre de mi Salvador; tengo el precio de mis ofensas, la satisfaccion de mis pecados, y el rescate de mi alma. Pero debo advertir que sobre la tierra se derramó esta sangre, y se derrama sobre nuestros altares: que este cambio se hizo sobre la tierra, que sobre la tierra se hizo esta redencion, y que sobre la tierra mientras vivo debo aprovecharme y aplicarme

el precio: porque si muero sin haberme aprovechado, estoy perdido, porque en el infierno ya no hay Redentor, ya no hay Salvador, ya no hay cambio, ya no hay rescate. ¡Oh pérdida! ¡oh desgracia infinita! ¿he pensado en tí siquiera una vez?... Al contrario, si me aprovecho de los beneficios de la redencion, si muero en la gracia y en el amor de mi Dios, yo soy salvo, y en el cielo ya no hay pecados, ya no hay peligros, ya no hay temores, ya no hay que tomar precauciones, ya no hay tentaciones que vencer.

Peticion y coloquio.

¡Oh bien infinito! ¡oh felicidad eterna! ¡oh felicidad inalterable é inamisible! Tú serás en adelante el único objeto de mi memoria que dará movimiento á todas mis acciones. Amen.

MEDITACION CXXXVIII.

CONTINUACION DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

(Math. xvi, 27, 28; Marc. viii, 38, 39; Luc. ix, 26, 27).

DE LA DECISION SOLEMNE DEL NEGOCIO DE LA SALVACION, Ó SEA DEL DIA DEL JUICIO UNIVERSAL.

El dia del juicio final será un dia de gloria, un dia de confusion, un dia de justicia, un dia de una certidumbre indubitable.

PUNTO I.

Dia de gloria.

«Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria del Padre y «con sus Ángeles...» Cuási jamás hablaba Jesucristo del juicio ignominioso á que se debía sujetar sobre la tierra, y que le debía costar la vida, sin hablar tambien del dia glorioso en que él mismo debe al fin de los siglos juzgar á todos los hombres, para que el pensamiento de este grande dia nos hiciese adorar su cruz, y nos ayudase á llevar la nuestra. Jesús llama á la gloria y la majestad con que comparecerá el último dia gloria suya, gloria de su Padre, y gloria de sus santos Ángeles... ¡Ah! si pudiésemos formarnos alguna idea de esta gloria, ¡cuán vil y despreciable nos parecería toda la gloria de los hombres, y de qué ardor nos sentiríamos llenos para servir á tan grande Rey!

Lo 1.º *Jesucristo vendrá en su propia gloria*, esto es, en la gloria que le conviene como á Hijo del hombre, primogénito de los hom-